

The Standard Bearer

El Portaestandarte

The Standard Bearer (ISSN 0362-4692 [impreso], 2372-9813 [en línea]) es una publicación mensual, publicada por la Reformed Free Publishing Association; 1894 Georgetown Center Dr. Jenison MI 49428-7137.

Política de reimpresión y publicación en línea

Por la presente se concede permiso para la reimpresión o publicación en línea de los artículos del Standard Bearer por otras publicaciones, siempre que dichos artículos reimpresos se reproduzcan en su totalidad; se citen debidamente; y que se envíe a la oficina editorial una copia de la publicación periódica o de la ubicación de Internet en la que aparece dicha reimpresión o publicación.

Política editorial

Cada editor es el único responsable del contenido de sus propios artículos.
Las cartas al editor deben limitarse a 600 palabras, estar escritas de manera fraternal y responder únicamente a artículos publicados (no a cartas publicadas). Se pueden incluir intercambios más extensos sobre un tema importante de amplio interés como contribuciones de invitados a discreción de los editores. Las cartas y contribuciones se publicarán a discreción del editor y podrán editarse para su publicación.
Todas las comunicaciones relativas a los contenidos deberán dirigirse a la redacción.

Precio de la Suscripción completa

37,00 dólares al año en EE.UU., 52,00 dólares en el resto del mundo. e-suscripción: \$22.00 e-suscripción gratuita para los actuales suscriptores de la edición impresa.

Política publicitaria

El Standard Bearer no acepta publicidad comercial de ningún tipo. Los anuncios de eventos de la iglesia y la escuela, aniversarios, obituarios, y las resoluciones de simpatía serán por una cuota de \$10.00. Los anuncios deben enviarse, con la cuota de \$10.00, a: RFPA, Attn: SB Announcements, 1894 Georgetown Center Dr, Jenison, MI 49428-7137 (correo electrónico: mail@rfpa.org). La fecha límite para los anuncios es un mes antes de la fecha de publicación.

Página web de la RFPA: www.rfpa.org

Página web de la PRC : www.prca.org

La Reformed Free Publishing Association mantiene la privacidad y la confianza de sus suscriptores al no compartir con ninguna persona, organización o iglesia ninguna información sobre los suscriptores del Standard Bearer.

Oficina editorial

Prof. Barry Gritters
4949 Ivanrest Ave SW
Wyoming, MI 49418
gritters@prca.org

Oficina comercial

Sr. Dwight Quenga
1894 Georgetown Center Dr
Jenison, MI 49428-7137
616-457-5970
dwright@rfpa.org

Traducción al español por cortesía de Jorge Carbajal
correo electrónico: jorge.carbajal.a@hotmail.com

Para obtener una copia completa de la versión original en inglés del Standard Bearer visite www.rfpa.org para suscribirse. Si desea una copia completa de un solo número, envíe un correo electrónico a mail@rfpa.org.

Junio, 2026 • Volumen 102, Número 11

Contenido:

¿Amas a la Iglesia? (Salmos 137:5,6)

MEDITACIÓN | Rev. Dennis Lee | 2

Abdías (1): Introducción

ESCUDRIÑANDO LAS ESCRITURAS | Rev. Ronald Hanko | 5



El Portaestandarte • JUNIO 2026 1



¿AMAS A LA IGLESIA?

REVERENDO DENNIS LEE

Pastor de la Iglesia Presbiteriana Reformada de Kalamazoo en Kalamazoo, Michigan.

Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, Pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar, Si de ti no me acordare; Si no enalteciere a Jerusalén Como preferente asunto de mi alegría—Salmos 137:5, 6

LA RESPUESTA DEL SALMISTA

¿Amas a la iglesia? La respuesta del salmista a esa pregunta está claramente expresada en el texto que consideramos. Nótese bien la pregunta que se formula. La pregunta no es, *¿Conoces a los miembros de la iglesia?* O si ampliáramos nuestro alcance a la denominación a la que pertenecemos, tampoco sería la pregunta, *¿Conoces nuestras iglesias y a algunos de sus miembros?* ni tampoco: *¿Conoces sus doctrinas?* Tampoco es la pregunta, *¿Participas activamente y sirves en la iglesia?* Todas estas son buenas preguntas, pero no son la que se presenta aquí. La pregunta es, *¿Amas a la iglesia?*

Esa pregunta y ese pensamiento reciben un énfasis especial a lo largo de toda la Palabra de Dios, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, Jesús dice en Mateo 6:33: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”. Además, los apóstoles demostraron su amor por la iglesia entregando sus vidas al Señor y buscando el bien de la iglesia en todas sus labores— incluso a costa de su propio sufrimiento. Pensemos en el apóstol Pablo, el misionero a los gentiles. Pensemos en los numerosos viajes misioneros que Pablo realizó y en los muchos sufrimientos que padeció en el camino— incluyendo naufragios, azotes y encarcelamiento, y tener que comparecer ante las autoridades por crímenes que no cometió. O pensemos en el apóstol Juan, quien fue desterrado a la isla de Patmos por causa del evangelio. Sus vidas, caracterizadas por la abnegación y el gran sacrificio por el bien de la iglesia, dieron testimonio de que ellos amaban a la Iglesia.

Lo mismo podría decirse de las vidas de sus contrapartes del Antiguo Testamento, los profetas. Pero aún más sorprendente es el hecho de que Dios mismo enfatiza la gran importancia del amor por la iglesia en su santo e inspirado libro de cánticos, los Salmos. Tal es su deseo de que sus santos de todas las épocas lo recuerden, que lo registra y lo expresa de muchas y diversas maneras. Con un corazón anhelante por Dios, mientras estaba desterrado de la casa del Señor, el salmista exclamó en el Salmo 42:4: “Me acuerdo de estas cosas, y derramo mi alma dentro de mí; De cómo yo fui con la multitud, y la conduje hasta la casa de Dios, Entre voces de alegría y de alabanza del pueblo en fiesta”. Asimismo ¿Quién de nosotros olvidará el gran celo del salmista por estar en los tabernáculos de Sion adorando a Jehová, tal como se expresa en los primeros versículos del Salmo 84?: “¡Cuán amables son tus moradas, oh Jehová de los ejércitos! Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová; Mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo. Aun el gorrión halla casa, Y la golondrina nido para sí, donde ponga sus polluelos, Cerca tus altares, oh Jehová de los ejércitos, Rey mío, y Dios mío. Bienaventurados los que habitan en tu casa; Perpetuamente te alabarán”. (vv. 1-4). ¿Y qué diremos del amor del salmista por la iglesia, expresado de diversas maneras en el Salmo 122:6-9: “Pedid por la paz de Jerusalén; Sean prosperados los que te aman. Sea la paz dentro de tus muros, Y el

descanso dentro de tus palacios. Por amor de mis hermanos y mis compañeros Diré yo: La paz sea contigo. Por amor a la casa de Jehová nuestro Dios Buscaré tu bien”.

¡Aquí en el Salmo 137 encontramos la respuesta del salmista a la pregunta, *¿Amas a la iglesia?* expresada de la manera más *contundente* posible! Vemos esto a partir de tres observaciones hechas desde el punto de vista más amplio. Primero, observe la estructura enfática del “triple si” de estos versículos: *Si me olvidare... Si no me acordare... Si no enalteciere...*”. Luego, en segundo lugar, observe las graves consecuencias que siguen: “pierda mi diestra su destreza... y que mi lengua se pegue a mi paladar”. En efecto, el salmista está diciendo: “Si no amo a la iglesia, entonces todo lo que diga y haga no tiene ningún valor en absoluto. Finalmente, y lo más importante, cabe destacar que el amor del salmista por la iglesia se expresa en forma de un voto, ¡un voto más solemne que cualquiera de los nuestros! Es más solemne que el voto que hacemos los padres en el bautismo de nuestros hijos. Es más solemne que el voto que hacemos en la confesión pública de nuestra fe. Es más solemne que el voto que hacemos con motivo de la ordenación o instalación de los oficiales de la iglesia. Es incluso más solemne que nuestros votos matrimoniales—los cuales son para toda la vida— ¡*“hasta que la muerte nos separe”!* Porque a diferencia de todos los demás votos que hacemos, el salmista desea el mal sobre sí mismo si rompe su voto. El salmista dice: ¡*“Si mi amor por la iglesia se enfría, entonces Señor, trae el mal sobre mí —para que pueda volver a mi primer amor y a mi compromiso con ella”!*

¿No es esto precisamente lo que el salmista quiere decir cuando afirma: *“Si no enalteciere a Jerusalén Como preferente asunto de mi alegría”?* El salmista está diciendo: *“¡Sí! ¡Yo amo a la iglesia! “¡Nunca podré amarla lo suficiente!”* En relación con esto, algunos comentaristas bíblicos afirman que lo único que el salmista nos enseña aquí es que Jerusalén (es decir, la iglesia) debe ser nuestro mayor gozo. Pero ¿acaso eso le hace justicia a lo que dice? Creo que no. Porque literalmente él dice: “Si no prefiero a Jerusalén por encima de mi mayor alegría”, y no simplemente: “como preferente asunto de mi alegría”. Y refuerza su voto deseando un doble mal para sí mismo si olvida su promesa—que quede paralizado y mudo. En otras palabras, está diciendo (mediante una hipérbole): “Nunca podré amar lo suficiente a Jerusalén”. ¡Es evidente que expresa su amor por la iglesia con la mayor intensidad!

Pero tal vez te preguntes: “¿Qué hay del amor a Dios?” ¿Está el salmista priorizando el amor a la iglesia por encima del amor a Dios? ¿Existe aquí algún conflicto y contradicción? La respuesta es: ¡No! El salmista no está contraponiendo un amor al otro. Porque el amor a Dios *no puede separarse* del amor por la iglesia. Es una verdad innegable que quien ama a Dios ama a también a la iglesia, y quien ama a la iglesia ama a Dios. Al fin y al cabo, es junto con nuestros hermanos en la iglesia con quienes lo adoramos regularmente; y, al mismo tiempo, es Él quien nos instruye amar a la iglesia, tal como lo expresa el salmista inspirado en el Salmo 137— de la manera más clara y contundente.

¿Cuál es su respuesta a esa pregunta? Y si nuestra respuesta es “Sí”, ¿está acompañada de algo de la fuerza y el vigor que caracterizan el voto del salmista? Es bueno que tengamos en cuenta la ocasión en que el salmista hace este voto. Fue hecho en medio de un doloroso cautiverio de 70 años en Babilonia. ¿Y qué acerca de nosotros? Desde una perspectiva más amplia, ¿cómo se encuentra nuestra denominación? Vivimos en una época de grandes necesidades y dificultades, ¿no es así? ¿Somos indiferentes a ellas—especialmente si no nos han afectado directamente? ¿Oramos mucho por la iglesia y la denominación a la que pertenecemos? ¿Enseñamos a nuestros hijos a amar a la iglesia? ¿Reflejamos ese amor en nuestra forma de vivir? A diferencia del salmista, no vivimos físicamente en el cautiverio babilónico. Pero ¿se ha infiltrado y permeado “Babilonia” (es decir, la mundanalidad) en nuestros corazones y vidas?

¿Amamos a la iglesia? La respuesta del salmista fue clara, concisa y firme. No tiene

nada de trivial, pues creemos que no siempre respondió así. Pero sin duda es su respuesta ahora, después de la destrucción de Jerusalén y de que muchos de sus habitantes— incluido él mismo— fueran llevados cautivos a Babilonia.

CÓMO LO LOGRÓ

Él llegó a esa hermosa respuesta y al voto que hizo junto a los ríos de Babilonia, tras atravesar el oscuro camino del dolor y la aflicción de su cautiverio en Babilonia. Fue a través de las burlas de sus enemigos que los israelitas cantaron cánticos de gozosa alabanza a Jehová. ¡Cuán pesada fue la mano del castigo de Dios sobre el salmista y la iglesia! Fue necesario el dolor de la destrucción y la devastación de su amada ciudad y de su tierra, el ser llevados cautivos, permanecer en el cautiverio durante un largo tiempo y soportar las burlas de sus enemigos, para que hubiera un espíritu quebrantado y un corazón contrito. En ese camino de castigo, hubo un arrepentimiento verdadero y completo, y por lo tanto, una gratitud genuina a Dios por su bondad y fidelidad, ¡una gratitud que dio fruto en su hermosa respuesta!

¿No vemos, a la luz de todo esto, que el Señor no exige de nosotros nada menos que *un primer amor* hacia su Iglesia? Él dejó esto claramente establecido para la iglesia de Éfeso en Apocalipsis 2:4-5: “Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido”.

POR QUÉ ES IMPORTANTE

¿Por qué? ¿Por qué Dios exige de nosotros un primer amor hacia la iglesia? ¿Por qué es esto importante para Dios? ¿Y por qué debería ser importante para nosotros? Aquí hay tres razones.

En primer lugar, la iglesia es donde Él habita en comunión con su pueblo, y por lo tanto, donde su gloria se manifiesta y es contemplada por el mundo. ¡El Señor es muy celoso de su gloria!

En segundo lugar, la iglesia es el lugar donde Dios y su Palabra de verdad son honrados y glorificados. Ella es el pilar y fundamento de la verdad (cf. 1 Timoteo 3:15) y revela al mundo cómo deben relacionarse con Él, el Dios vivo y verdadero.

En tercer lugar, y lo más importante de todo, la iglesia es el objeto del gran, insondable e inefable amor de Dios. La prueba de tan gran amor no es otra que el precio que Él pagó para redimirnos a ti y a mí— la sangre derramada de su amado y unigénito Hijo, nuestro Salvador, en la cruz.

Así pues, querido lector, el amor por la iglesia es de suma importancia para Dios— el misericordioso Dios de nuestra salvación que tanto nos ama en Cristo. ¡Que también, por tanto, sea de suma importancia para nosotros! ¡Que se refleje en nuestras oraciones, en nuestro servicio y en nuestro apoyo hacia ella! Y que podamos decir—sí, incluso cantar— con gozo a Dios junto con el salmista y con todo nuestro corazón:

“Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, Pierda mi diestra su destreza

Mi lengua se pegue a mi paladar, Si de ti no me acordare; Si no enalteciere a Jerusalén
Como preferente asunto de mi alegría”.